

Crímenes de lesa democracia

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ CALDERÓN
PRESIDENTE DEL FORO ZAFRENSE

Quienes dan aliento a las tesis de los demagogos por haberse corrompido en su función pública han cometido crímenes de lesa democracia porque suman a sus colusiones el daño que se hace a los cimientos del sistema liberal. Ahora, además, lo hacen en medio de un caldo de cultivo idóneo para el desafecto

NO corren los mejores tiempos para atosigar a la ciudadanía con la reiteración de episodios de corrupción que, aun pendientes de confirmación los más recientes, dejan huellas muy difíciles de borrar. Tampoco lo son para la exhibición impúdica del despilfarro. Y, mucho menos aún, para la erupción de soflamas demagógicas. Para muchos ciudadanos ya es bastante difícil mantener la cabeza fría frente al tremendo desbarajuste social que la crisis económica provoca. Añadir a sus preocupaciones espectáculos bochornosos (derivados de la otra gran crisis, la de los valores), representados en esferas en las que debería residir la confianza del pueblo, es echar leña a un fuego ya de por sí difícil de extinguir.

Los episodios de corrupción política han existido siempre y, en el caso de España, pueden encontrarse sin grandes esfuerzos, y sin remontarnos demasiado en la historia, en la Restauración, en la II República, en el franquismo y en nuestra actual democracia. Cosa distinta es que en muchos casos su difusión quedase muy matizada, o incluso directamente escamoteada por obra de una censura que existió en cualesquiera de los anteriores regímenes. No es ahora, afortunadamente, el caso. La investigación periodística ha hecho mucho a favor de la preservación de la ley o, dicho de otro modo, ha conseguido poner en múltiples ocasiones en la picota, siquiera moral, a quienes han transgredido los límites éticos o legales para el enriquecimiento propio o de sus organizaciones. Pero también es cierto que habría mucho que reflexionar lo que se ha dado en llamar «pena de telediarío». Ya sabemos que la tendencia generalizada es pensar, como dice el viejo dicho, que cuando el río suena, agua lleva. Ahí se olvidan los matices y la condena popular se hace inmediata, inapelable, y puede originar daños irreparables.

El derroche en las Administraciones se ha practicado también desde la noche de los tiempos. Lo que pasa es que ahora, mientras se reducen partidas presupuestarias por una doble exigencia, la europea y la del sentido común, cuando millones de españoles sufren el drama del paro, se hace más difícil explicar que ciertas señales de la dignidad de las instituciones no son, stricto sensu, un dispendio, sino que tienen un sentido, aunque sin duda hay que disminuir radicalmente el boato del Estado. De nuevo, la tendencia es a arrasar con todo: sobran instituciones, posiblemente, pero ya se habla de asolar la estructura del Estado y, además, de la noche a la mañana, como si en una democracia las cosas se pudiesen hacer por un mero ejercicio de voluntad. Se exagera en cuestiones como la de los coches oficiales: verbigracia, que un ministro vaya a trabajar a pie, que no le pasa nada... El etcétera pueden suponerlo tan extenso como deseen. De nuevo, los tonos intermedios entre el blanco y el negro se olvidan.

Pero hay algo aún más grave, si ustedes me lo permiten: la demagogia, que debería ser considerada uno de los jinetes del Apocalipsis de las democracias. Y aquella no procede de la visión de los problemas que buena parte del pueblo percibe, quizá de un modo un tanto reduccionista, como antes apuntábamos. Ahora intervienen quienes ejercen liderazgos políticos, sociales o morales. Conscientemente

o por causa del deseo de algunos de hacerse notorios, se elaboran ideas que por su simpleza son muy digeribles para la ciudadanía, a la que se les perfunden de continuo. Es la fórmula tóxica de quienes no acaban de creer en el sistema de las democracias liberales, y nos atosigan con la noción de un sistema en el que la libertad no tiene tanto valor, a base de ir socavando los pilares sobre los que nuestra democracia se asientan, desde la fórmula que escogimos para la Jefatura del Estado, o para la organización de éste o su expresión visible. De un lado están quienes probablemente anhelan antecedentes corporativistas, un sistema de próceres, quizá hasta de sufragio censitario. En la otra orilla, quienes preferirían un sistema disimulado o indisimuladamente marxista, cuando no anarquista, y que nos presenten como basado en la participación, en la democracia adjetivada como «real», en un inviable asamblearismo. Evidentemente, ambas pretensiones son históricamente insostenibles y, experimentadas las tesis y las antítesis en las sociedades de los siglos XIX y XX, la síntesis no es sino la democracia liberal de la que gozamos, siempre perfeccionable, siempre anhelante de la limpieza ética.

Los demagogos son pertinaces, alguna ciudadanía absorbe con facilidad sus mensajes, los hace suyos, y se esfuerza en difundir una pandemia de escepticismo y desmoralización. Esto, en los tiempos actuales, es de un riesgo gravísimo. Por eso, quienes dan aliento a las tesis de aquellos por haberse corrompido en su función pública, quienes han accedido a sus puestos teniéndose por Sardanápalo, han cometido crímenes de lesa democracia porque suman a sus colusiones el daño que se hace a los cimientos del sistema liberal. Ahora, además, lo hacen en medio de un caldo de cultivo idóneo para el desafecto. Más grave aún será su culpa, cuando se acredite que la tienen.

Es la hora de la responsabilidad en lo que llamamos la clase política. Intuímos que Galdós en parte pudiera llevar razón cuando decía que «la moral política es una capa con tantos remiendos, que no se sabe ya cuál es el paño primitivo», pero si extendemos esta tesis a todos los políticos (que, por lo demás, salen de entre nosotros mismos), incurriremos en una exageración indeseable y, si como decía Proust, «muestra personalidad social es una creación del pensamiento de los demás», a los demás tienen que facilitarles ellos, con sus propios actos, el que su pensamiento sea positivo. Y es hora, también, de que quienes no nos dedicamos a la política, aquellos que cultivamos nuestra pasión social desde otros campos, clamemos contra los abusos del poder, pero también contra las exageraciones. Es buen momento para predicar en contra de la demagogia y en pro de la democracia, que tiene mecanismos para depurar todos los errores, todas las agresiones, sin necesidad de la excepcionalidad de derribar el edificio.

Ante los demagogos, que como Nick Karraway, personaje de 'El gran Gatsby', de Scott Fitzgerald, se tienen a sí mismos como unas de las pocas personas honradas que han conocido en su vida, hemos de oponer algo tan de sentido común como que nadie es perfecto. Más pensar, menos embestir. Más término medio, menos doctrinarismo. Más sensatez, menos arbitristas. Me parece.